

LA PIPIRONDA

cumple 5 años

E INICIA UNA SEGUNDA ÉPOCA



Versión libre de «Fuenteovejuna» por el grupo «La Pipironda». Barriada Las Arenas. Tarrasa, 1964

Los cinco años de existencia ininterrumpida del grupo de teatro popular «La Pipironda», van a ser conmemorados a través de una representación extraordinaria en un local lujoso de Barcelona. La labor silenciosa y sosegada de cinco años de peregrinación en busca del público obrero, va a quedar reflejada ahora en el espectáculo suburbial titulado «La batalla del Verdún», especie de sainete de exaltación lírica de la población suburbana y de origen inmigrante del cinturón barcelonés, en cuyo barrio del Verdún se identifica la humanidad del hombre que trabaja, sufre y sueña.

Vamos a aprovechar esta efeméride y el desconocimiento que el público de Gerona tiene de este interesantísimo grupo teatral barcelonés —pues los de «La Pipironda» creo que todavía no han pisado su suelo— para dar una noticia de tan esforzada y ejemplar empresa.

Fue a principios de 1960 cuando Angel Carmona, director ya probado en el teatro de cámara para minorías, decidió crear un grupo de carácter «itinerante» que tuviera como misión ir en busca del público que «nunca había ido al teatro», es decir ese público desarraigado, de las fábricas y los suburbios, procedente de todas las regiones de España, que divide su existencia entre un horario laboral agobiante, la penuria económica, las necesidades múltiples, la proliferación y la ansiedad. En las barracas del Somorrostro, en los barrios miserios del Port, del Polvorín, de Can Clos, de la Trinidad, de la Verneña, etc., se conglomeraba aquel público conquistable que no podía, por múltiples razones, ocupar una butaca de los teatros céntricos de Barcelona. La empresa difícil y heroica tuvo como colaboradores con Carmona a escritores como Javier Fábregas, Francisco Candel, José Más Godayol y el que estas líneas escribe. Junto a ellos un grupo de cómicos valientes, entre los que habrá que recordar ahora a aquella Isa Escartín —de probada eficiencia en el Teatro Candilejas de Barcelona— y a Julia Díaz, a Enriqueta Sevillano, a Armonía Rodríguez, a Enrique Carlavilla, a Emilio G. Bardalet, a Antonio Gutiérrez, pioneros del grupo que iniciaron aquella aventura en diversas tabernas del suburbio barcelonés, irrumpiendo en ellas sin previo aviso y teniendo que

competir con la partida de mus y dominó que los habituales del local terminaban por interrumpir ante los diálogos de Pedro Salinas, Cervantes o Feliu y Codina.

Angel Carmona quiso hablar al pueblo —pueblo no en sentido intelectual, sino real y físico— con su propio lenguaje. De ahí vino la necesidad de fabricar textos «ad hoc» y de esta necesidad surgió la maravillosa versión libre y épica de la «Fuenteovejuna» de Lope, que constituyó, desde un principio, el éxito más grande conseguido por este grupo itinerante. «Fuenteovejuna» fue la obra colectiva de autores y escritores, que supieron extraer del texto de Lope de Vega y de los añadidos procedentes de Lorca, Miguel Hernández, Alberti, Pérez de Ayala, Quevedo y los romances populares, todo el sentido justiciero y humanismo que el público suburbano captó con tanta inteligencia, como con absorbente cordialidad, fenómeno que constituyó un auténtico gozo para los promotores de tan alta tarea, al constatar que aquel público de apariencia gregaria y despreocupada sentía dentro la llamarada viva del auténtico teatro.

Aquella «Fuenteovejuna», con «Auto de la Donosa Tabernera» y el espectáculo de «Skechts» ejemplares acerca de la vida laboral española, fue durante cinco años el repertorio que «La Pipironda» paseó por la provincia de Barcelona y las zonas industriales del Norte de España (Bilbao y Asturias). La verdad es que la historia de estos cinco años —en la que yo he participado en tan ínfima parte, que me avergüenzo— merecería un libro copioso de comentarios y estudios, digno de añadirse como capítulo completo a la historia de un teatro español escondido y asediado que desgraciadamente todavía no ha tenido cronista.

Al calor de «La Pipironda» surgieron otros grupos de carácter popular itinerante: el «Gil Vicente», por ejemplo, que falto de la fe y el entusiasmo de los otros, sólo pudo sobrevivir un par de años. Después otros, «El camaleón»; más tarde, un sector de la «Escuela de Arte Dramático Adriá Gual», que hoy recorre con Ricard Salvat, los duros caminos que roturó por vez primera «La Pipironda», y van surgiendo otros. Pero tal vez ninguno de los grupos ha po-

seído la coherencia y la animosa fe de «La Pipironda» que hoy al cabo de cinco años sigue firmemente en pie, con Angel Carmona, con Candel y con actores como Isabel Martínez, Elpidia Oliver, el poeta Jesús Lizano, Agustín Ballester, Florencio Clavé —escenógrafo, pintor y pieza fundamental desde el más oscuro principio del heroico grupo— que juntos ahora con los animadores del nuevo grupo «El Camaleón» integrado por los hermanos Luchetti, Jorge López, Ramón Teixidor y Jaime Fuster, se disponen a enfrentarse con el público más intelectual de Barcelona para ofrecer, en el sainete suburbial en tres estampas, «La batalla del Verdún», el resultado de sus estudios e investigaciones acerca de la conciencia y el modo de vivir de los habitantes suburbanos de Barcelona, de origen inmigrante, con el fin de integrarlos en ese mundo del arte, que celosas minorías parecen guardar para sí en la pirámide secreta, cuya llave es patrimonio de unos cuantos y muy poco «iniciados».

Es bien cierto que lo que ha realizado «La Pipironda» no lo ha realizado nadie. Por encima de cualquier valoración artística o ideológica, corresponderá siempre a este grupo la primacía de haberse enfrentado con sectores nuevos y desasistidos de la sociedad.

Ante la labor de «La Pipironda» siempre se produce un respetuoso silencio. Ni siquiera los puntillosos estetas de las minorías selectas del mundo del arte burgués —tantas y tan engreídas de ser las defensoras del moribundo teatro— se han atrevido a aventurar críticas acerca de este grupo. La humanidad les protege. La sencillez esquemática, la calidad discutible artísticamente hablando, quedarán siempre en este grupo oscuras, ante el valor pedagógico de estos cómicos itinerantes, que dejan sus trabajos y sus inquietudes personales para lanzarse por difíciles caminos.

Hubiera deseado no sentirme apasionado al hacer este comentario. Pero la pequeña parte que me toca en su cometido colectivo quizás me impida mostrarme con la frialdad de un comentarista. Y a pesar de todo, creo que me quedo corto al valorar el auténtico alcance de esta clara raza de hombres del sol.

José María RODRIGUEZ MENDEZ

